

# REVISTA DE ESTUDIOS DE LA VIDA LOCAL

Depósito Legal M. 1.582.-1958

AÑO XVIII

MARZO-ABRIL 1959

NUM. 104

## I. SECCION DOCTRINAL

### Paisaje y paisanaje

por

JUAN BENEYTO

I

#### EL FACTOR TELÚRICO. ASENTAMIENTO Y MOVILIDAD: EL PESO DEL PAISAJE

El hombre se apoya, permanece, vive, actúa, camina y lucha sobre la superficie de la tierra. Carl Schmitt recuerda a este respecto que los Libros Sagrados nos señalan que procedemos de la tierra misma, en tanto que la experiencia nos da el testimonio de tornarnos a ella al morir. La tierra es, de este modo, madre e hija del hombre. A. J. Toynbee subraya el interés de lo geográfico en lo histórico, pero no es menor la de lo topográfico: la influencia del sitio donde se vive y se crece, parte de una tierra que puede ser mar...

El tema no es nuevo. Bodino señalaba en el siglo XVI la actitud propia de los isleños: «insulanos omnes infidos habere». Y poco después Botero veía «la ventaja del sitio». Si todo esto tiene importancia colectiva, hasta el punto de que en el Estado con la población y la soberanía trasciende el territorio, también es relevante para el individuo y para el grupo.

En ese entrecruzamiento de factores que normalmente ocasiona la vida, el factor telúrico se coloca al lado del somático. El desierto y la estepa incitan al individuo hacia el ascetismo o la lucha. Ciertas formas de organización rural deben su fisonomía a este factor. Un paisaje forestal en el que se asientan agricultores, conduce a regular los usos comunales en bosques y prados, junto al reparto de parcelas para la sementera. La marca germánica y la tan expresiva calificación de la «almende» (i. e. «alle maenner»), revelan sus consecuencias estructurales. La vida urbana exige una organización diversa: la ciudad obliga a disponer de transportes y no puede alejarse de sus zonas de abastecimiento. Como la gleba sujeta al campesino, el barrio ata al hombre urbano; sin caminos ni cabalgaduras, quedaría igualmente obligado a permanecer allí. La libertad urbana es distinta de la libertad campesina. El hombre de la gleba podía trasladarse materialmente a otra parte, pero carecía de autorización para hacerlo; al revés, el hombre de la ciudad tenía libertad de movimiento, jurídicamente tutelada, pero estaba falto de medios.

La fijación del grupo se relaciona con la fijación de sus miembros. El grado en que se produce tal establecimiento determina condiciones que gradúan la libertad en relación con la propia mentalidad. Los usos comunales han apoyado el surgimiento del Municipio rural, del mismo modo que la cura de almas y la presencia de ermitaños o de sacerdotes ha hecho forjar la parroquia. Luego, tanto la parroquia como el Municipio, han servido de vínculos reforzadores y de una manera rotatoria han planteado contactos recíprocos que han vigorizado las energías pendientes en ambas direcciones. Un segundo detalle valioso en esta línea es la designación de los edificios con propio nombre. Antes de que las casas se numerasen (lo que revela, con la racionalización, una pérdida evidente de personalidad) tenían nombre propio, estaban metidas como centro de un mundo en la vida familiar de una persona o un grupo. El aglutinante telúrico constituye una fuerza coadunadora y regionalizadora.

Otra consecuencia del peso del sustentáculo espacial en el orden sociológico, deriva de las relaciones de proximidad. El hom-

bre vive como ser social en tanto que trata con hombres y con grupos, pero trata no sólo más o menos sino con gentes próximas o con gentes lejanas, que van y que vienen, y él mismo viene o va, viaja o permanece, se asienta en forma más o menos definitiva.

Toda relación social implica una distancia. Los distintos procesos sociales no son así, sino modificaciones de este factor. No sólo hay distancia física, sino social, porque cada hombre tiene «su propio espacio», se haga seguir por propia comitiva o se aisle (que es cercar ese espacio propio). En los grupos sucede lo mismo, siendo evidente que difieren por razón de distancia aquellos grupos con igual cohesión, pero con o sin contacto espacial. Las relaciones desplegadas sobre esta falta de contacto, exigen para ser eficaces un alto grado de desarrollo intelectual, en tanto que cuando el contacto es directo, resulta suficiente un simple nivel sensitivo. La proximidad local hace necesaria la relación, que puede ser amistosa u hostil, pero que no suele negarse.

La acción de la distancia se muestra así eficaz con matización notoria. Incluso llega a las zonas del espíritu y marca la psicología abierta del hombre del litoral que trata con gentes lejanas, en el mundo marítimo de la última centuria, pero ya con viejos antecedentes en todo puerto, y la actitud del hombre del interior que está relacionado de modo más inmediato con sus proveedores. Incluso en un cierto momento resulta válida la contraposición entre larga y corta distancia, de los servicios marítimos y los ferroviarios, materias primas para la industria y suministros de mercado urbano.

Otro problema arranca del arraigo. Toda tierra de castillos revela una población que se establece. Se ha señalado, por ejemplo, el contraste entre Gormaz castillo solo, y Medinaceli castillo con ciudad, porque el castillo aislado puede ser simple posición militar. Terán ha escrito bella y exactamente que los nómadas y los sedentarios se comportan en el discurso de la historia como dos términos de una antítesis, las más de las veces resuelta en dramático conflicto. Está ahí el choque entre dos

distintas maneras de entender la vida y de vivirla, entre «dos estilos adversarios de civilización».

Frente al sedentarismo, el nomadismo no debe confundirse con la vida pastoril, porque hay nomadismo marinero, pescador, cazador o recolector. Incluso se da la agricultura nómada (ejemplo español primitivo: la cosecha popular de los Vacceos). El nomadismo constituye un complejo de hábitos, de usos, de técnicas y de modos de pensar y de actuar que conduce a agrupaciones sociales típicas. El nomadismo no sólo exige una domesticación de los animales, al igual que el sedentarismo los quiere para su granja, sino tipos propios, como el del camello, que sería un animal de nómada, frente al asno acémila de sedentario.

En aplicación de lo que señalamos sobre la distancia espacial, pero sobre todo dando entrada a un típico complejo de cerco, las tribus nómadas muestran una enorme fuerza clánica. Esta especie de «posición-erizo» que les toca tomar, impone sus exigencias. La solidaridad de los nómadas entre sí se muestra muy superior a la de los sedentarios. Aquéllos no tienen castillo que cubra sus espaldas; todo depende de su esfuerzo propio. A esta solidaridad atribuía Ibn Kaldun la afortunada sucesión de sus actividades militares, porque la organización clánica de los nómadas es más fuerte que la parental o familiar. Otros ejemplos parecen contradecir esta conclusión: los tártaros, los hunos, los mogoles, son gentes faltas de cohesión en sus estructuras sociales..., pero quizá aquí se ve ya la proyección política, el despliegue de órganos que es —siempre entre los nómadas— mucho mayor que lo que permiten sus verdaderas fuerzas.

Cuando el nómada se asienta, su organización ha de debilitarse, como en cualquier ejército cuyas líneas se llevan demasiado lejos. Por eso su forma política tiende a ser despótica, ya que no cabe otro imperio que el del terror.

Del nomadismo a la emigración moderna hay bastante diferencia. La emigración no es una actitud, sino una necesidad; el nómada permanece tal, aun cuando se asienta; el emigrante no tiene de nómada sino el primer vuelo, o el segundo, hasta que torna a ser sedentario. La tierra que pisa influye sobre el emigrante según el grado de vinculación en que se encuentra con

el país de procedencia. La emigración en masa, el trasplante de poblaciones o de parte de poblaciones, da una estructura interna de tipo clánico, en tanto que la emigración individual o en grupos reducidos, coloca a los emigrantes dentro del mundo que los recibe.

En la vida moderna, sin embargo, existe una conciencia de unidad que hace ver como comunes muchas instituciones. Cada día difieren menos las tierras, y por consiguiente el proceso de trasculturación es más sencillo porque apenas destaca. El fenómeno de la falta de cambio por falta de diferenciación es así no menos importante que el de la falta de cambio por falta de contacto. Los emigrantes no se aíslan; acuden a un país para participar en la vida del mismo; el emigrante busca una mejora económica y supone un cambio que solamente cuando es brusco produce desequilibrio.

Sorokin ha estudiado el fenómeno general de la movilidad, definiéndole como movimiento mensurable dentro de una ecuación de tiempo y espacio. En esta fórmula caben tanto la movilidad típica de la migración que se apoya en el espacio físico, como la movilidad social hacia posiciones distintas dentro de los grupos sociales o entre ellos. La migración es lo que ahora nos interesa, como trasplante o movimiento que se liga a la tierra o espacio físico. Las modernas migraciones implican una fórmula civilizada que corresponde a la vieja fórmula militar de invasión. Ahora se trata y se contrata; no hay imposiciones violentas, se acude a territorios de análoga estructura cultural. Incluso hay migraciones interiores, de importancia evidente. Dentro del país las gentes acuden a las zonas de mejores provechos (inversiones, jornales, etc.). Podría hablarse también de la inmigración turística, que es asentamiento temporal, pero que en ocasiones se hace definitivo; tal sucede en las comarcas de mejor clima, sobre todo cuando el viajero que acude ya no está obligado a seguir una tarea económica o burocrática. Ese es por ejemplo el caso de las zonas de residencia de jubilados, que puede llegar a calificar un ambiente. También las zonas de residencias obreras, etc. Hasta se llega al ejemplo mínimo de la ciudad-

satélite, la emigración hacia los modernos alfoques, cara a un espacio más abierto.

El proceso de la migración o movilidad física influye sobre los aspectos laborales y ambientales. A las veces no hay cambio de quehacer, pero sí nueva forma o modalidad. Incluso cuando el hombre que vive en un piso, en el centro de una ciudad, pasa a vivir en un hotel de las afueras, en ciudad-satélite, dispone de posibilidades para desarrollar actividades de cultivo o cuidado de jardín, y a menudo tiene que ser él mismo carpintero o electricista o fontanero... Hay así nuevos hábitos, que irán pesando sobre la familia.

Unamuno escribió: la comarca hace la casta; el paisaje, al paisanaje. Sin llegar a la afirmación de Azorín, sobre que el medio haga al hombre, la influencia del paisaje es evidente. Nos la testimonia Fray Luis de León, cuando canta:

*... en viendo lo verde,  
deseo o cantar o hablar.*

Otros, sin decirlo, cantaban a las riberas de los ríos o a las frondosidades de los bosques. Y si quisiéramos formular la fuerza del clima, no encontraríamos mejor texto que el de Santa Teresa (*Libro de las fundaciones*, XXV), cuando habla de Sevilla: «No sé si el mismo clima de la tierra, que he oído siempre decir los demonios tienen allí más mano para tentar, que se la debe dar Dios, y en ésta me apretaron a mí, que nunca me vi más pusilánime y cobarde en mi vida que allí me hallé...»

## II

### LA DENSIDAD DE LA POBLACIÓN. URBANISMO Y RURALISMO

El hombre ha conseguido someter las condiciones externas de vida, pero al dominarlas se ha agrupado más intensamente, ocasionando así una densificación de las relaciones intersociales. Toda densificación, centraliza; como desconcentra y regiona-

liza cualquier movimiento diseminatorio. No es extraño que se haya pensado que, tal como escribió Montesquieu, «la liberté est née dans les bois». También es, con todo—y aquí tendría razón Fustel de Coulanges—, una libertad para pocas cosas, ya que la ciudad ofrece más amplio horizonte, más numerosas posibilidades de proyección.

También desde antiguo se pensó en los óptimos demográficos, en el más conveniente número de ciudadanos. Ante el crecimiento de las ciudades modernas, se ha comprendido que no puede existir una progresión indefinida, y que un cierto nivel de densidad exige un replanteo del mundo urbano. La ciudad que llega a la saturación, ya solamente crece por partenogénesis: se prolifica con otras ciudades, satélites suyas. Dickinson subraya, en efecto, que no existen diferencias cualitativas entre las ciudades por razón de su volumen, sino sólo cuantitativas: la aglomeración urbana no es sino el punto focal de una región de vida comunitaria («area of common living»). Adviértase la significación del crecimiento urbano, no por intensidad (densidad), sino por extensión (ampliación del término).

La incorporación de los poblados próximos es un juego inverso al de la creación de ciudades satélites, viniendo a ser forma imperialista frente a la regionalista. La llamada «gran ciudad», no es tanto la ciudad grande, sino aquella aglomeración urbana que «engulle» a las aglomeraciones próximas. Así se amplía el área urbana, absorbiendo otros núcleos de población, que—al igual que el colonialismo imperialista—pierden su autonomía al integrarse en la gran ciudad a guisa de distritos de ésta. Justamente en las zonas engullidas, la densidad es menor que en la ciudad precedente; su superficie acepta multiplicadores mínimos; en cada metro cuadrado hay menos habitantes...

Y esto es, en fin de cuentas, lo que hace diferir al mundo urbano del rural, lo que aproxima la ciudad de casas con jardín y espacios verdes al campo con casas. El mundo tiene hoy ocho ciudades monstruosas, con más de tres millones de habitantes. Son ciudades capitales como Tokio, París, Londres, Berlín o Moscú; pero también ciudades de base puramente mercantil, como Shangai, y aun dos de ellas en un mismo país—Nueva

York y Chicago—. Aquí se explica no solamente el caso concreto, sino su gran número de ciudades populosas, porque el campo absorbe muy escasa población, gracias a la mecanización de los servicios rurales y al motocultivo. Más chocante es la desproporción entre la población total y la de la ciudad capital en la Argentina.

Las ciudades antiguas eran ciudades rurales. Lo que dominaba hasta el siglo XIX era la población asentada en el campo. Labrousse señala que en esa ciudad «tan mal conocida aún», es donde se elabora la Revolución. Allí se monta el utillaje revolucionario de los clubs. No en vano allí habían alborotado los partidos, mientras los movimientos rurales habían sido unánimarios; los movimientos urbanos suelen ofrecer dos corrientes. Thiers aludió expresivamente a la arquitectura de guerra civil que vió en las ciudades con torres. Italia llegó a la dualidad, merced al esquema de güelfismo y del gibelinismo, que encuentra en Bolonia una proyección tan chocante como la de las dos catedrales. Esa misma dualidad se apoya en el orden télúrico del asentamiento con la distinción de los de arriba y los de abajo, fórmula elemental que tiene carácter tan general, que se encuentra en las mismas aldeas peruanas pre-hispánicas, con consecuencias en la exogamia allí mantenida. La contraposición arriba-abajo, es consecuencia muchas veces de la dualidad castillo-ciudad, que conduce a una dualidad de capillas o iglesias, centros asociativos y coadunadores. Frente a este esquema, nace la dualidad ciudad-arrabal, burgo y «foris burgus» (el «faubourg» francés), que es la contraposición producida por la nueva gente que se inserta en la ciudad, tras los mercaderes y los artesanos, contraste de lo burgués y lo feudal. En otras ocasiones la ciudad primitiva no se separa de la moderna por la altura ni por la muralla, sino por el río; se ha construído a la otra ribera por cualquier razón, quizá muy a menudo por las comunicaciones más fáciles: no hay que cruzar el puente.

En la ciudad moderna las relaciones se institucionalizan; falta el trato directo. La ciudad moderna es un producto de la economía monetaria, exige la preexistencia del orden mercantil que asegure los abastos y compense a los productores. La



aplicación general de los valores monetarios (en la ciudad «se compra todo», «todo tiene precio») afecta de manera muy profunda a las distintas formas de interacción. Precisamente por institucionalizarse suena en el hombre urbano la profesión: no es fulano o zutano como en el mundo rural, sino el comerciante, el médico, el abogado, el empleado... Representa siempre algo. Por eso esa representación lo vincula específicamente a ciertos quehaceres; su relación con los demás está limitada a una parcela de su vida, a una fracción de su actividad. Sin llegar a afirmar que el hombre urbano viva en alta tensión, como decía Spengler, es evidente que su actitud contrasta en este punto también con la del hombre rural.

Habría que considerar en el marco telúrico, no sólo estos ambientes, sino sus extremosidades: el hombre urbano, de vida mecanizada, y el hombre rural, de vida vegetativa hecho también él campo y paisaje. Braudel ha subrayado la significación histórica de los montañeses para marcar las características de los hombres mediterráneos. Cara al mar de la vieja cultura, las gentes sanas de las montañas que enmarcan aquella vasta zona, viértense hacia la breve llanura que separa sus cumbres del mar. Explíquese por este panorama que no se pueda imponer el feudalismo, porque no hay llanuras donde cabalguen los caballeros. Incluso habría que añadir a la observación de Braudel, la que Fontana ha advertido en el campo de Tarragona: la importancia del viento. Este, cuando no es constante y monótono, actúa como espuela, y crea en la psicología del hombre la inquietud y el ansia de superación que produce tantas individualidades geniales. Todo el Levante español señala los daños del viento de Poniente:

*«Aire castellano,  
—malo en invierno y peor en verano»,  
«quant el mal ve per Almansa—  
a tots alcança».*